

### ***María Virgen en Guadalupe***

*Grita de júbilo y alégrate, hija de Sión: porque yo vengo a habitar en medio de ti -oráculo del Señor-. Aquel día, muchas naciones se unirán al Señor: ellas serán un pueblo para él y habitarán en medio de ti. ¡Así sabrás que me ha enviado a ti el Señor de los ejércitos! El Señor tendrá a Judá como herencia, como su parte en la Tierra santa, y elegirá de nuevo a Jerusalén. ¡Que callen todos los hombres delante del Señor, porque él surge de su santa Morada! (Zac. 2, 14-17)*

*Canten al Señor un canto nuevo,  
cante al Señor toda la tierra;  
canten al Señor, bendigan su Nombre,  
día tras día, proclamen su victoria.  
Anuncien su gloria entre las naciones,  
y sus maravillas entre los pueblos.  
Porque el Señor es grande  
y muy digno de alabanza,  
más temible que todos los dioses.  
Los dioses de los pueblos  
no son más que apariencia,  
pero el Señor hizo el cielo;  
en su presencia hay esplendor y majestad,  
en su Santuario, poder y hermosura.  
Aclamen al Señor, familias de los pueblos,  
aclamen la gloria y el poder del Señor;  
aclamen la gloria del nombre del Señor.  
Entren en sus atrios trayendo una ofrenda,  
adoren al Señor al manifestarse su santidad:  
¡que toda la tierra tiemble ante él!  
Digan entre las naciones: "¡El Señor reina!  
El mundo está firme y no vacilará.  
El Señor juzgará a los pueblos con rectitud".  
Alégrese el cielo y exulte la tierra,  
resuene el mar y todo lo que hay en él;  
regocíjese el campo con todos sus frutos,  
griten de gozo los árboles del bosque.  
Griten de gozo delante del Señor,  
porque él viene a gobernar la tierra:  
él gobernará al mundo con justicia,  
y a los pueblos con su verdad (Sal. 96).*

*En ese momento se abrió el Templo de Dios que está en el cielo y quedó a la vista el Arca de su Alianza, y hubo rayos, voces, truenos y un temblor de tierra, y cayó una fuerte granizada. Y apareció en el cielo un gran signo: una Mujer revestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas en su cabeza. Estaba embarazada y gritaba de dolor porque iba a dar a luz. Y apareció en el cielo otro signo: un enorme Dragón rojo como el fuego, con siete cabezas y diez cuernos, y en cada cabeza tenía una diadema. Su cola arrastraba una*

*tercera parte de las estrellas del cielo, y las precipitó sobre la tierra. El Dragón se puso delante de la Mujer que iba a dar a luz, para devorar a su hijo en cuanto naciera. La Mujer tuvo un hijo varón que debía regir a todas las naciones con un cetro de hierro. Pero el hijo fue elevado hasta Dios y hasta su trono, y la Mujer huyó al desierto, donde Dios le había preparado un refugio para que allí fuera alimentada durante mil doscientos sesenta días... Y escuché una voz potente que resonó en el cielo: "Ya llegó la salvación, el poder y el Reino de nuestro Dios y la soberanía de su Mesías, porque ha sido precipitado el acusador de nuestros hermanos, el que día y noche los acusaba delante de nuestro Dios (Ap. 11,19; 12,1-6 y 10).*

*En aquellos días, María partió y fue sin demora a un pueblo de la montaña de Judá. Entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel. Apenas esta oyó el saludo de María, el niño saltó de alegría en su seno, e Isabel, llena del Espíritu Santo, exclamó: "¡Tú eres bendita entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo, para que la madre de mi Señor venga a visitarme? Apenas oí tu saludo, el niño saltó de alegría en mi seno. Feliz de ti por haber creído que se cumplirá lo que te fue anunciado de parte del Señor". María dijo entonces: "Mi alma canta la grandeza del Señor, y mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi Salvador (Lc. 1, 39-47).*

El 12 de diciembre se recuerda a María Virgen, la madre del Señor. Es una fiesta muy particular pues en ella se contempla a una María que tiene que ver con nuestros pueblos originarios. Una particular advocación cristiana que crispa la comprensión de fe de los luteranos, tanto como la de otros protestantes o evangélicos. Una comprensión de fe que ha sido motivo de reflexión sobre su significado religioso, social, cultural y político entre teólogos y pensadores luteranos de nuestro continente, como la realizada por los pastores Luis Alberto Pereyra, argentino residente en los EE. UU., y el Dr. José David Rodríguez, portorriqueño de origen, profesor en el seminario luterano en Chicago y hoy rector de ISEDET, Argentina, ambos en una obra con ensayos de varios autores: *American Magnificat, Protestants on Mary of Guadalupe*, editada por Maxwell E. Johnson (Liturgical Press, Collegetown, Minnesota, EE. UU., 2010).

Alguien llama a esta fecha la Fiesta de las Américas, al menos lo es particularmente para México y América Central, y para la mayoría de los hispanos –incluso luteranos– que viven en EE. UU. y Canadá, así como en otras partes del mundo.



Es interesante notar que iglesias luteranas de habla hispana en los Estados Unidos tienen la imagen de la Virgen de Guadalupe a la entrada o en el templo. Es tanto una incorporación de la espiritualidad latinoamericana, como la de las mujeres y los pueblos originarios entendidos como testigos activos del Evangelio. Un ejemplo de ello es la *Iglesia Luterana Trinidad*, en Manhattan, Nueva York, donde, en el

mural pintado por Flavio Pellegrino, bajo el arco iris la Virgen de Guadalupe abraza a Martín Lutero y a Frederick Douglass, y la incorpora a la espiritualidad protestante con un sentido de inserción comprometida en lo social. Recordamos que Frederick Douglas fue anti-esclavista y

estuvo a favor del sufragio de la mujer; fue periodista y autor de varios libros, nació en febrero de 1818 como esclavo, perdiendo a toda su familia cuando ésta fuera vendida a distintos propietarios. Douglas falleció el 20 febrero de 1895.

En este día 12 de diciembre se recuerda la aparición de María, como una joven mujer indígena embarazada, a Juan Diego Cuauhtlatoatzin, al que se recuerda el 9 de diciembre de cada año, en la montaña de Tonanzin, Ciudad de México. Esta memoria de María es tanto un puente entre culturas –Europa y América, América Sajona y América Hispana– como una afirmación de la indigenidad, o mejor decir de la dignidad de los seres humanos originarios de América ante los ojos de Dios. Una dignidad que se revela en Jesucristo y que asume creativamente la antigua cultura americana en el presente de la historia. La reticencia contemporánea en aceptar la visión de Juan Diego nos recuerda la duda sobre que algo bueno pueda venir de Nazaret, la duda de Natanael en el Evangelio de Juan (*Jn. 1, 46*).

Guadalupe muestra a María como la mujer portadora de la esperanza, la presencia oculta de Dios en la embarazada, el cinto que señala su embarazo es un paralelo simbólico al canto evangélico de María, al que muchos recordamos, incluso los herederos de la Reforma, denominándolo: el *Magnificat* (engrandece, magnifica). Se canta alabanza a Dios presente entre los pobres, entre los oprimidos, entre los que están fuera del sistema. El agua que, en el lugar, brota de la tierra se hace fuente de alegría y esperanza, señal de Dios que se hace presencia en Jesús el Cristo en su bautismo en el Jordán por Juan el Bautista. En esa mujer se afirma que los hijos y las hijas de Dios tienen lugar –por su amor y justicia– en la tierra, en esa tierra en que Dios nos llama a trabajar a favor de la justicia, a ser constructores de la paz, a vivir el amor. Los excluidos ya no son excluidos, los que excluyen ya no son tales, somos hijos e hijas de Dios en Cristo, hermanos y hermanas, porque Dios nos afirma tales en su crucifixión y resurrección. Dios nos convoca a realizar esa esperanza en nuestra vida hoy, en nuestras sociedades, en nuestros países y culturas, y entre nuestros países y culturas. Ante el sufrimiento, la desesperanza, la dominación y la explotación discriminatoria y esclavizante que unos seres humanos realizan sobre otros seres humanos, un pueblo o cultura sobre otro, una afirmación religiosa sobre otra, hombres sobre mujeres o adultos sobre niños, surgen las rosas de la esperanza, las rosas del anuncio del reino del amor y la justicia de Dios. Ese reino que asombra porque no se da en nuestros pedregales, como dice el antiguo escrito del indio Nican Mopohua del siglo 16: *Juan Diego subió a la cumbre del cerro y se asombró muchísimo al ver tantas y exquisitas rosas de castilla, siendo aquel un tiempo de mucho hielo en el que no aparece rosa alguna por allí, y menos en esos pedregales*. La morenita se presenta como la profetiza de la esperanza, heredera de Isaías y contemporánea del Bautista.

La mujer que está a punto de dar a luz es señal, como lo somos todos nosotros, es Iglesia como lo somos todos nosotros, todos concebidos por el Espíritu, nacidos de la Palabra divina, obedientes a la voluntad salvífica del Padre, portadores del Salvador: Cristo Jesús, somos testigos del Reino, anunciadores del Reino.

Cuando María visita a Isabel la saluda, como era costumbre entonces, deseándole la paz. Ese saludo de la mujer de fe es anuncio de salvación, anuncio que resuena y halla eco tanto en la alabanza del niño Juan que está por nacer como en las palabras de Isabel, su madre: *"¡Tú eres bendita entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo, para que la madre de mi Señor venga a visitarme? Apenas oí tu saludo, el niño saltó de alegría en mi seno. Feliz de ti por haber creído que se cumplirá lo que te fue anunciado de parte del Señor"* (*Lc. 1, 43-44*). Se bendice doblemente a María, y esa bendición se extiende hacia todos nosotros, hacia todas nosotras, a los que atendemos a estas palabras, al anuncio de la promesa de Dios, promesa ya realizada y promesa que se continúa realizando hoy.

María canta su respuesta a la bendición de Dios, la que ha pronunciado Isabel, y lo hace alabando y dando gracias a Dios, anunciando el Evangelio: *"Mi alma canta la grandeza del Señor, y mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi Salvador (Lc. 1, 46-47)*. Un salmo del Nuevo Testamento, un salmo que canta la reunión de los fieles, de los que sueñan y anhelan que las promesas se realicen. La redención viene desde mucho tiempo atrás y llega a su plenitud en el tiempo de María, en el vientre de María. La redención aún está oculta, pero se manifestará en la vida, en la predicación, en la crucifixión y la resurrección de Cristo Jesús, se manifestará en la promesa de su realización plena en su segunda venida, en la plenitud del Reino.

Así también ese anuncio resuena en esta América, allá en México y en toda la América, para todos y para todas, también para nosotros y nosotras, los que llegamos de antiguo, los que llegamos después, los que arribamos ahora. Es el Canto de María, el *Magnificat*, el cántico a la encarnación, al llegarse de Dios a este mundo nuestro. Es el canto que afirma gozoso el abrirse el tiempo de la reconciliación y la paz, el tiempo de la redención tanto de explotadores como de explotados, de dominadores como de dominados. Este canto clama por el arrepentimiento ante la injusticia y la explotación, ante la invasión y la dominación, este canto restaura la esperanza y afirma la dignidad de todos los pueblos, de toda y cada persona, de cada ser humano. Es el imperativo redentor del Evangelio, toma partido por los frágiles y sufrientes, revela el rostro de Dios, rostro de amor y de justicia, rostro que se entrega a la muerte para dar vida y paz a todos y a todas.

Al presente vivimos el Adviento, este adviento en el que celebramos la pronta venida del Salvador, su llegada al mundo y a nuestra vida. María –en Guadalupe– anuncia el Evangelio, la venida del Salvador y Redentor, del que libera y perdona. Todos y todas necesitamos ser libres de la esclavitud, de toda esclavitud, y todos y todas necesitamos ser perdonados por nuestro orgullo que discrimina y explota a nuestro prójimo, que no respeta la vida que es don de Dios para ser disfrutada con alegría, en justicia, en paz.

Juan Diego cortó rosas silvestres en el lugar donde había visto a la Virgen María, las envolvió en su tilma –la manta india– y se las presentó al obispo. Según esa historia en la tilma quedó grabada la imagen de María. Las rosas siempre han sido símbolo del amor, aquí del amor de Dios que se hace uno de nosotros y nosotras para brindarnos su perdón y salvación, para que vivamos el amor construyendo –por gracia y en acción de gracias– el mundo de la paz

*Padre nuestro, te damos gracias porque tu Hijo amado se hizo uno de nosotros naciendo de la Virgen María para brindarnos la salvación por su pasión, muerte y resurrección. Te rogamos que el modelo de fe de María inspire nuestro caminar en fe. Te lo rogamos por Cristo Jesús, nuestro Señor y Salvador, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, un solo Dios por siempre. Amén.*